
UN TRAPENSE RUEGA:
¡AYUDAD AL ÉXITO DE DIOS!
(dedicado a los médicos)
M. Raymond, O.C.S.O.

M. RAYMOND, O.C.S.O.

UN TRAPENSE RUEGA:

¡AYUDAD AL ÉXITO DE DIOS!

(dedicado a los médicos)

Traducción y adopción de la 6.a edición norteamericana con el título "Help God be a Success", publicación original: Abbey of Gethsemani (1945).

Por

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL



EDICIONES STVDIVM DE CULTURA

MADRID – BUENOS AIRES

NIHIL OBSTAT.

Teófilo Sandoval, O.C.S.O.

Roberto Larrinoa, O.C.S.O.

Censores.

IMPRIMI POTEST

Fr. M. Gabriel Sortais,

Abad General de la Orden Cisterciense.

NIHIL OBSTAT:

Lic. Luis Sánchez de Tembleque,

Censor.

IMPRIMATUR :

José María, Vic. Gral. y Ob. Aux.

Madrid, mayo, 1954.

EDICIONES STVDIVM DE CULTURA.

EXCLUSIVA DE EDICIÓN PARA

TODO LOS PAÍSES DE HABLA

ESPAÑOLA.

A LOS

DOCTORES ROGER C. GRAVES

Y

CHARLES J. E. KICKHAM,

DE

BOSTON, MASSACHUSETTS,

EN

PRUEBA DE GRATITUD

POR SU

ILIMITADA GENEROSIDAD

PARA

AYUDAR AL ÉXITO

DE DIOS.

Noticias

Los microbios y el cuerpo humano interesan mucho a los médicos y llegan a fascinarles, sobre todo si se trata de gérmenes nunca mencionados en la Bacteriología o de miembros corporales nunca descritos en la Anatomía. En efecto, esos gérmenes son los que hacen la profesión médica eminente como esos miembros corporales los que la hacen sublime.

Antes de entrar en detalles, permítaseme decir que muchos diccionarios clásicos se equivocan al suponer que el charlatanismo se limita exclusivamente a la profesión médica. Eso no es cierto. Hay charlatanes en todas las profesiones, incluso en la mía. Estos últimos, en su ansia febril por conservar la primacía de las cosas primeras, han llegado a olvidar que sin una segunda nunca puede haber una primera. Insisten en que Dios debe ser alabado— insistencia muy natural—, pero no recuerdan que uno de los mejores medios de alabar a Dios es alabar al hombre. Olvidan que

fue Cristo que dijo: “Y el *segundo* es como este” desde luego, no alabamos lo bastante ni a Dios ni al hombre. Para remediar de alguna manera tal injusticia, ambos serán alabados en estas páginas.

Con extrema gracia y sutileza, un cortesano dijo un día a una dama: “Señora, cada vez que encuentro a vuestra hija siento envidia de su madre, pero si encuentro a vos es a la hija a quien envidio.” Lo cual fue hacer un cumplido por excelencia, directo e indirecto. Quizá sospeche el lector que he introducido clandestinamente alguna página, cuando en vez de a los médicos elogie a sus pacientes. Pero se engaña. Mi estilo se parece más al del descortés León Bloy que al de aquel galante cortesano.

Yo me imagino aquel francés, rabiosamente sincero, gritando con aspereza: “Los médicos no sabéis lo que representáis, porque desconocéis la materia sobre la que trabajáis. Vuestros conocimientos son grandes, pero vuestra ignorancia de lo que más importa conocer, es mayor todavía. Pensáis que los modernos descubrimientos y los deslumbrantes progresos de la ciencia médica en estos tiempos, bastan para engrandeceros, lo cual es una estupidez, pues no es la

modernidad sino la antigüedad la que da trascendencia a vuestra profesión. Los médicos son importantes no por los descubrimientos del siglo XX, sino por un descubrimiento del siglo I. Lo que el arcángel Gabriel anunció en Nazareth; lo que los pastores hallaron en un pesebre y los magos adoraron en un establo es lo que os da grandeza. Vuestra profesión es sublime, precisamente porque la Humanidad dejó de ser humana desde el momento en que Dios nació Hombre".

Si os ofendieseis por esta ardorosa arenga, considerándola un ataque insolente, rechazaríais el mejor incienso que se puede quemar ante vosotros, pues la verdad es que son los pacientes, más que vuestra pericia, los que os dan la preeminencia de que gozáis. Sin esos desgarrados girones de humanidad que requieren el auxilio de vuestra ciencia, los médicos seríais sabios, desde luego, pero nunca buenos samaritanos. Si las enfermeras acudieran solo a "la obligación" y nunca "al deber", podrían hacer maravillas de inteligencia, pero no de milagros de caridad. Precisamente, los profesionales de la ciencia médica sois grandes porque en cada ser humano hay un germen que la Patología no conoce y porque trabajáis sobre miembros

jamás mencionados en la Anatomía. Para apreciar bien lo que sois.

Encaraos con vuestra profesión

Dice Chesterton que la única manera de ver bien una cosa familiar es encarase con ella hasta que empiece a parecer extraña. El consejo es bueno y debéis seguirlo. ¡Encaraos con vuestra profesión hasta que el resplandor os ciegue!

Mientras volvía del éter, un joven sacerdote mirando a los ojos del médico que permanecía a su lado, dijo:"A mi juicio, doctor, la vuestra es la más sagrada de las profesiones. Yo trato almas, y ustedes la envoltura de las almas". No iba descaminado. Como tampoco el padre John Bonn, S.J., cuando en su libro *Así caen los Olmos* habla de los médicos que administran el *sacramento* de la curación. Desde luego hay algo sagrado en la profesión médica, pero esto se ve solo cuando os enfrentáis lo bastante con vuestros pacientes para advertir que ellos, al menos potencialmente, hay algo más que lo humano.

No permitáis que esta última frase os perturbe. Es literalmente exacta, puesto que nada sabéis de los gérmenes que no habéis estudiado en la Anatomía. Pero dejadme decir

aquí lo que León Bloy hubiera dicho de ser él quien hubiese escrito este folleto, y decirlo como a él le hubiese gustado decirlo: "Cualquier doctor que aplique el estetoscopio al pecho humano y no perciba el latido de la Divinidad, por fuerza tiene débil algo más que los oídos; su cerebro tampoco funciona como es debido. Cualquier enfermera que tome un pulso y no sienta en él la palpitación de la Infinita Trinidad, debe quitarse el uniforme, volver a la escuela primaria y aprender a contar. Con esto quiero decir: cuan cerca de Dios está el hombre y qué sagradamente sublime es la profesión médica."

Lo que más me ha confundido siempre es la miopía de algunos médicos que juzgan a distancia. ¡Qué ciegos deben estar para no darse cuenta de que al menospreciar al hombre menosprecian a toda la profesión médica, desde el cirujano veterano hasta el último ayudante! Estos hombres podrán ser inteligentes pero seguramente no son sabios. Cada uno de sus juicios anticientíficos es un *boomerang* que llega con devastadora fuerza sobre la verdadera ciencia que pretender representar. Si dicen que el hombre no tiene un alma inmortal; si afirman que no está estrechamente emparentado con Dios; si creen que no es más que mera arcilla palpitante,

¡qué bajo colocan su profesión! Hacen del más ilustre cirujano poco más que un veterinario y de la vocación de la enfermera, poco más que una llamada para cuidar a unos animales enfermos. Si dicen que el hombre es tan solo un antropoide superior, confiesan implícitamente que los médicos y enfermeras constituyen una Liga para salvar a los animales. En vez de doctor en medicina o enfermera graduada, deberían poner bajo sus nombres en la tarjeta de la S.P.A. pues si el hombre no es más que un mono perfeccionado, la profesión médica será solo una sociedad protectora de animales.

Esto puede sonar como una impertinencia; pero por lo mismo os aconsejo mirar fijamente a vuestra profesión hasta que veáis su verdad sublime.

El doctor J. Walsh planteó la pervivencia de la repetida anécdota referente al gran médico y la humilde monja. En su despectivo escepticismo; el gran médico aseguraba haber rajado y cortado en cada una de las partes del cuerpo humano; sin haber encontrado jamás eso que se llama el alma humana. La monja suavemente replicó, preguntándole si había tropezado alguna vez con eso que se llama el dolor. Aunque el incidente fuera puramente

ficticio, la irrebatible fuerza del argumento permanecía intacta. Su punta es aguda como la de un estilete que penetra hondamente en la estúpida falacia. Hay realidades a la que jamás podrá llegar un escalpelo. Una es el alma humana. Por ello el cuerpo humano es precioso y la profesión médica es sublime.

Hay una verdad constantemente elaborada y reelaborada: la preocupación por el cuerpo del hombre ha conducido muchas veces al olvido del alma.

¿Por qué decían los latinos: *"ubi tres medici, ibi duo athei"*? ¿Acaso por la preocupación de que hablo? Me parece tan ilógico, que me molesta pensarlo siquiera. Encuentro increíble que de cada tres doctores inteligentes; dos puedan ser lo suficientemente torpes para ser ateos. Si los médicos son ante todo hombres de ciencia; si van desde el efecto a la causa; si han aprendido a pensar desde el principio al fin, no pueden separar la adoración de su trabajo, pues nadie está en constante contacto y más estrecho con la Divinidad que quienes trabajan sobre la humanidad doliente y llena de sufrimiento.

Frank Sheed y Ward decía con razón: *"Un niño que nace es una prueba tan grande de la*

Omnipotencia de Dios como si un hombre muerto volviera a vivir". Si pensáis en ello, veréis que es absolutamente cierto y comprenderéis lo cerca que estáis a todas horas de esa Omnipotencia.

Gilbert K. Chesterton afirmaba que si en nuestro planeta hubiera nacido un solo niño, todos nos agolparíamos para adorarlo. No se equivocaba. ¿No habéis pensado lo mismo cuando asistís a un parto?

"La vida solo procede de la vida". Este es un principio que ninguno de vosotros pone en duda. La generación espontánea es un mito absurdo; del que se deduce que el *ser* solo puede deberse a <Él que es>. Y solamente es el que es Yahvé, a quien llamamos Dios; así, tomándolos desde sus principios científicos, los médicos no pueden ser ateos. Tomándolos desde sus prácticas, se embrutecerían siéndolo. Pongamos un ejemplo. La genealogía es algo de gran interés para los médicos ¿No es cierto? Todos sentís una curiosidad inmensa por esa hormona que transmite las características de los padres a los hijos. Curiosidad loable, pues muchas parecen venir de nuestros padres o madres al nacer. Pero pensad las cosas como son. Si miráis hacia atrás hacia la ascendencia de algunos de

vuestros enfermos ¿qué encontraríais? ¡Encontraríais que su último antepasado es Dios! Adán y Eva fueron nuestros primeros padres; es cierto; pero Adán y Eva no nacieron espontáneamente, sino que habían sido creados por la mano de Dios, así, inevitablemente, la herencia os llevaría hasta el Creador. ¿No os dice nada este hecho? ¿No os dice que la luz que brilla en cada pupila humana fue encendida por el Infinito? ¿No veis que los humanos somos chispas del Fuego Eterno reluciendo en las tinieblas del Tiempo? Mejor aún: somos lucecillas arrancadas de la luz del mundo. Vuestra profesión consiste en esforzaros en proteger esas chispas de los malos vientos.

Sí; médicos y enfermeros estáis al servicio de la Divinidad, incluso aquellos cuyo trabajo parece ser exclusivamente consagrado a la humanidad, fórmula jactanciosa (casi iba a escribir "camelística") que algunos doctores ateos emplean para su actuación. ¡Pero la actuación siempre es más elocuente que las palabras! Una vez, un caballo y su jinete sufrieron un grave accidente. Un médico que alardeaba de ateísmo se abrió paso entre el gentío apiñado en torno del hombre y del animal heridos, gritando: "Rematen al caballo y llévense a ese hombre al hospital" ¿Por qué

dijo eso? Las posibilidades de sobrevivir del hombre parecían menores que las del caballo. Y si sobrevivía quedaría más inútil que un caballo cojo. Sin embargo, el doctor intentaba salvarle. ¿Por qué? ¿Por qué cualquier médico hubiera hecho lo mismo? Hablar de "fraternidad humana" sería absurdo, pues en realidad los hombres son solo hermanos cuando tienen los mismos padres. La "fraternidad humana" significa la "paternidad de Dios" o no significa nada. Decir que desean salvar al hombre porque tienen espíritu es otra desviación del argumento, pues parece aludir a un espíritu material que también tiene el caballo. La única razón de esa actitud de los médicos es que el hombre posee un *alma inmortal*. Y la inmortalidad solo procede de Quien vive eternamente: de Dios.

La Filosofía afirma que el hombre no piensa que puede ser ateo *especulativo*, esto es, alguien capaz de tener por cierto este absurdo: *No hay Dios.* ¿Cómo puede ser tan categórica la Filosofía? Sencillamente, porque pensar equivale a creer en Dios.

Cualquier hombre, mujer o niño, que admita la existencia del fuego donde hay humo, tendrá que reconocer que hay Dios. Sí, la

Filosofía puede ser categórica; mas, si los efectos necesitan de causas, ningún hombre que piense puede negar la existencia de la Causa Primera de Todo que es Dios.

Naturalmente, la Teología es más audaz, más rígida y definitiva. Con toda calma cita la Escritura, en la que se lee: "*Dijo el necio en su corazón: no hay Dios*" (Salmos, 14,1). ¡Solo el necio! Pero los médicos y las enfermeras no son necios.

Lo único que inspiran quienes se consideran ateos *especulativos* es lástima, pues sus inteligencias no son normales. Por los ateos *prácticos*—es decir, aquellos que viven como si no hubiera Dios—solo podemos hacer una cosa: rezar, pues sus vidas tampoco son normales.

Cambiemos el proverbio latino y en lugar de decir "*Ubi tres medici, ibi duo athei*", digamos: "*Ubi tres medici, ibi tres mystici*", puesto que el único misticismo verdadero en el mundo es el misticismo práctico. Vosotros médicos, sois muy prácticos. Sed también realistas.

Captad la palabra de Cristo

Una dama de sociedad, a quien la sed de emociones la llevó a un hospital, observaba a

una monja que curaba una repugnante llaga que despedía un hedor insoportable. Cuando terminó su trabajo, la señora, moviendo la cabeza desdeñosamente, se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Yo no haría eso ni por un millón de dólares.

Se detuvo en el umbral al oír la suave y sorprendente respuesta de la monja:

—Yo tampoco lo haría por dos millones.

—Entonces, ¿por qué lo hace? —preguntó extrañada la vanidosa dama.

La monja sonrió:

—Me figuro que nunca habrá oído hablar del Cuerpo Místico—dijo—, pero quizá haya leído acerca del buen samaritano.

La encopetada señora pareció desconcertarse. La monjita la acompañó por el pasillo diciendo:

—Dios ama a esa enferma. La ama tan intensamente que la ha incorporado al Cuerpo Místico de Cristo. Trabajando por ella, trabajo por Cristo.

Desde luego, la curiosa dama no comprendió. El lenguaje de la monja era griego para ella. Pero los hombres y mujeres que se dedican a la Medicina deben entenderlo si en verdad estiman su profesión.

¿No advertís que Jesucristo os ha arrojado el guante? Pues, sí; lo ha hecho. Os ha desafiado a desarrollar los ojos de los Rayos X, esos ojos que atraviesan las apariencias y ven por debajo de la superficie. Os ha hecho un reto divino que veáis lo mismo que veía la monja: a Cristo en cada paciente. En todos ellos está, potencialmente al menos. Vuestra Bacteriología nunca os ha hablado del *germen de Cristo*, ni vuestra Anatomía del *miembro místico* de Cristo del cuerpo.

Cristo os desafía a encontrar ese germen y a desarrollar ese miembro, elevando vuestra profesión desde un mero trabajo por un sueldo a una divina apuesta. Tened el valor, la fuerza y la osadía de captar la palabra de Cristo. "*En verdad os digo que cuanto hiciereis al más pequeño de mis hermanos* —dijo Jesús— *me lo haréis a Mí*". (Mat. 25,40). No hay duda de que os ha arrojado su guante. ¡Recogedlo! Otros lo hicieron antes y resultaron beneficiados.

¿Qué pensáis que Damián y Dutton fueron a hacer a Molokai? ¿Creéis que les llevaron a aquellos parajes infestados de lepra las consideraciones sentimentales sobre la "fraternidad humana", los "parias de la sociedad" u otra por el estilo? ¿Creéis que ambos gigantes de la generosidad entregaron sus vidas simplemente por atender a unos hombres enfermos? ¡De ninguna manera! La realidad es que habían captado la palabra de Cristo. Sabían lo que Cristo quería decir con la frase "*me lo haréis a Mí*". Recogieron el guante. Hicieron *por nada* lo que muy pocos habrían hecho por uno o dos millones de dólares. Pero ¡por hacerlo, no les llamamos "hombres" si no les llamamos **SANTOS**! Tuvieron una alta visión, muy superior a la visón humana. Sabían que amando y cuidando a los pobres parias amaban y cuidaban a Cristo. Al morir, Dutton pudo exclamar: "*Los amo*", palabras que equivalían a "*Amo a Jesucristo*".

Hoy día existen cientos de Damianes y de Duttons. Y lo más maravilloso es que no todos son hombres. Miraron fijamente hasta que acertaron ver la crisálida de un miembro del Cuerpo Místico en cada trozo de humanidad, tronchado, roto o podrido. Han encontrado el germen que la Patología desconoce: el germen de Cristo arraigado en cada hijo de Adán y

cada hija de Eva. Han captado la palabra de Cristo y creen que ser un médico o una enfermera es algo más que "doblar" al Médico Divino; es emprender lo mejor; es llegar a ser como el buen samaritano; es conseguir amar y cuidar a Cristo, realmente presente en Sus miembros místicos.

Supongo que un cirujano que medite profundamente sobre su oficio debe contemplar los dedos fuertes y sensibles de sus hábiles manos como contempla las manos consagradas y los dedos ungidos del sacerdote que tocan a Dios todos los días. ¡Cuánto le envidiará! Pero no debe envidiarle, sino comprender que, además de en la hostia, hay otra "real presencia" de Cristo en este mundo. El cirujano y sus ayudantes no pueden sostener en sus manos de carne el Cuerpo Físico del Señor como el sacerdote, pero pueden manipular sobre las diferentes partes de Su Cuerpo Místico. Cristo está presente de una manera en la Misa y de otra en las multitudes. Pero es siempre el mismo Cristo que veinte siglos atrás rasgó los cielos para asomar Su Cuerpo Físico y preguntar a Saulo de Tarso por qué le perseguía. Si Cristo no estuviese realmente presente en Sus miembros místicos, aquel grito Suyo no tendría sentido, ya que Saulo perseguía y

martirizaba a los cristianos y fue Cristo quien lo lanzó.

Esto me ha parecido siempre la prueba más positiva y práctica que se puede dar de nuestra identidad con Cristo. Pues cada uno tiene conciencia de la unidad de su modo de ser y de la identidad de su persona con ese modo de ser. Así, si yo me disloco un tobillo no será mi pie quien grite por el dolor sino que seré yo quien lo haga. Yo, que habré sido herido en uno de mis miembros. Si tú, lector, te cortas un dedo, no será el dedo quien se queje sino tú. Tú y tu dedo sois uno. Del mismo modo debemos entender que cuando Saulo de Tarso perseguía en el camino de Damasco a los cristianos, perseguía en realidad a Cristo y por eso yo os grito: ¡miembros de la profesión médica, haced sobrenatural lo natural! ¡Cultivad con cuidado el "germen de Cristo" que hay en cada alma humana y entended al Cuerpo Místico que lo desea todo para Sus miembros! En resumen…

¡Sed modernos!

Por favor, entendedme bien. Cuando os ruego atender al Cuerpo Místico, no os pido que dejéis de ser prácticos, ni mucho menos. Ya os

he dicho que los más absolutos realistas son los místicos. Ahora voy más lejos y digo además que son los únicos hombres verdaderamente prácticos. Un místico no desdeña el dinero y os dirá que debéis ganarlo, pues sin él en nuestra era materialista, no podríais vivir. Pero al mismo tiempo os dirá que también debéis hacer méritos con Dios, sin los cuales moriréis eternamente. El místico es el más práctico de los hombres y si os dice que con vuestros ingresos debéis comprar una casa para vivir en la tierra, insiste en que vuestra conducta en ella sirva a la vez sirva para aseguraos una mansión en el Cielo. Si le pedís que sea más concreto, os contestará lisa y llanamente: "Si trabajas sobre los hombres considerándolos nada más que como seres humanos, perderás el tiempo. Si los ves como miembros de un Cuerpo divino, te asegurarás la Eternidad."

Es muy probable que sintáis la tentación de replicar a esto: "Yo trabajo sobre los cuerpos y no sobre las almas. Mi profesión exige que trate con lo material y no con lo místico."

¡Venced esa tentación! ¡Vencedla completamente, pues es anticuada y no corresponde al siglo XX! Si queréis ser modernos, debéis ser místicos, ya que el

hombre moderno busca con avidez la realidad *más profunda*. Vosotros, los médicos, no trabajáis sobre los cuerpos como cuerpos. ¡Eso lo hacen las empresas funerarias! Vosotros no tratáis con la materia como materia. ¡Eso es cosa de los geólogos y otros cultivadores de las ciencias naturales! Vosotros podéis operar el apéndice de la señora Brown, pero nunca enviaréis vuestra factura a ese apéndice o a ese riñón. ¡La enviaréis a la persona de que formaban parte!

Por otro lado, la personalidad nunca podrá ser pesada, medida o radiografiada. Trabajáis, sí, sobre personas; pero las personas humanas son, de hecho o en potencia, miembros místicos de la Segunda Persona Divina.

Avergonzarse de esta doctrina equivale a avergonzarse de la verdad que convierte vuestra profesión en una novela, vuestra vida en una actitud lírica y vuestra muerte en una visita al paciente que estuviste tratando largos años. No os avergoncéis ni atemoricéis. Esta doctrina no es tan difícil de aprender como lo fue la Anatomía. Captar su esencia requiere poca más inteligencia de la que se necesita para tomar la temperatura. Si sois capaces de leer en un termómetro clínico y de tomar el pulso a un enfermo, podréis comprender esta

asombrosa verdad. Si decís sinceramente: "Creo en Dios", decís también implícitamente: "Creo que cada ser humano es un miembro místico, de hecho o en potencia, del Hijo de Dios", "Creo que cuando trabajo sobre una persona humana, trabajo sobre Cristo Místico", pues todas estas verdades no proceden del hombre, sino de ese Dios en el que creéis.

Desde luego es un misterio que no puede sorprender a ningún mortal inteligente, pues todo en nuestra vida, en nuestros movimientos, en nuestra muerte es un misterio y mejor que nadie lo sabéis los médicos y las enfermeras. Pero el misterio no nubla la inteligencia, en cuyo caso todos seríamos necios. El misterio es un estimulante y no un analgésico para la inteligencia. Y ninguno más estimulante que el misterio de nuestra incorporación en Jesucristo. ¡Qué sencillo lo hizo Él! Él sabía que estaba en el hombre, y así, cuando quiso revelar una verdad que convertiría a la vida en una maravillosa aventura, no lo hizo en forma de intrincados acertijos que solo pudieran descifrar los genios. ¡No! Nos dio la sublime verdad en un lenguaje que podían comprender hasta los más simples. Escuchad la palabra y aprenderéis la emocionante

verdad de que todos no somos más que sílabas de ella. Habéis dedicado años enteros al estudio del cuerpo humano físico. Dedicad algunos momentos ahora a estudiar el Cuerpo Místico de Dios. Si lo hacéis, encontraréis que os paga los más óptimos dividendos en el Tiempo y en la Eternidad.

Los agricultores no dejarán adivinar el significado de la frase de Cristo: "Yo soy la viña y vosotros los sarmientos". (San Juan, 15,5) e inmediatamente comprenderán cómo Cristo y los cristianos son un solo organismo; que es Cristo que da la vida a los cristianos y que solo permaneciendo estrechamente unidos a Él como lo están las cepas a la viña, la Cristiandad puede crecer y fructificar. La verdad es tan radiante como el cielo.

Los arquitectos aprenden esta misma sublime verdad cuando san Pedro habla a los católicos bautizados como *piedras vivas del templo* de Cristo. (Epístola I, 2,5) También ellos ven que Cristo y los cristianos son uno, que la multiplicidad se reduce a unidad y solidaridad a través de Cristo y en Cristo. La lección es igualmente clara.

Pero nadie podrá tener una comprensión más clara de esta verdad que cuantos forman la

profesión médica; pues según san Pablo, Dios enseña esta sublime doctrina con una insistencia sobre la misma metáfora que casi llega a parecer monótona. Una vez y otra, y otra, el apóstol habla de la unión y la unidad de los miembros con los miembros y de todos los miembros con la Cabeza. "Sois el Cuerpo de Cristo—dice el fanático converso—y miembros de sus miembros" (Cor., 1, 12-17). Lo mismo que las manos, los pies, los brazos, las piernas, el corazón, los pulmones, el hígado y todos los demás órganos forman el cuerpo humano, todos los católicos bautizados leales constituyen el Cuerpo Místico de Cristo. Igual que mi mano es una parte de mí, cualquier católico es una parte mística del Hombre-Dios. ¿Puede alguien no entender esto?

¿Veis ahora por qué he insistido tanto sobre el reconocimiento de la verdadera dignidad del hombre? Ese es el único medio de que vuestra profesión pueda ser considerada en toda su soberana grandeza. No es la erudición la que os hace grandes: es el conocimiento del hombre.

¡Sed modernos! Daos cuenta que la palabra de una mujer cambió toda la historia de la Humanidad. El día que la Doncella de

Nazareth dijo: "*Ecce ancilla*" varió el rumbo de la raza humana. De "*una caravana se sigue el camino hacia la muerte*", el *Fiat* de María hizo un Cuerpo Místico de Cristo caminando hacia la Resurrección, pues su réplica al Arcángel Gabriel proporcionó a un mundo paralítico, mudo, sordo, ciego y moribundo, un Médico Divino que realizó una Inmensa Operación superando al buen samaritano. En lugar de derramar aceite y vino sobre sus llagas, vertió Su Sangre en sus venas. En vez de colocarnos sobre su bestia y llevarnos a una posada, nos tomó en Sus Brazos convirtiéndonos en miembros de Su Cuerpo. ¡Su Gran Operación fue una *Transfusión de Sangre*! Y todavía la sigue realizando y vosotros, miembros de la profesión médica, estáis asistiendo a ella.

Sed profesionales

Es a la vez divertido y estimulante para mí oír alguna joven principiante decir a una condiscípula: "No hagas eso. No es profesional". Podía estar todavía en "mantillas", pero ya había captado algo que las enfermeras nunca pierden: esa dignidad profesional que parecen adquirir al ponerse el uniforme.

Pero, ¡cuántas veces no habréis oído también a una enfermera decir a sus colegas: “No hagáis eso! ¡No es católico”! ¡También se adquiere con el Bautismo una gran dignidad que no da ningún uniforme! Las enfermeras católicas han sido inscritas mucho antes como católicas que como enfermeras. Y los doctores católicos deben tener presente siempre que hubieran podido poner las iniciales M.C. (Miembro de Cristo) debajo de su nombre mucho antes que las iniciales D.M. (Doctor en Medicina), pues eran cristianos mucho antes de ser médicos. Así, pues, yo os digo a los miembros de la profesión médica esto que nunca os habrá dicho un condiscípulo: “No hagáis cosas que no sean profesionalmente cristianas”. Y no las haréis, si tenéis en cuenta lo que sois y dónde estáis.

Recuerdo que al final de una fascinante operación, un veterano cirujano se dirigió a un joven interno preguntándole:

—Doctor, ¿dónde hubiera preferido estar: en el quirófano o en el Reino de los Cielos?

Quizá fuera por adulación; quizá, por el entusiasmo de la juventud por lo que el muchacho contestó:

—Creo que hubiera preferido el quirófano.

La respuesta tenía punta. Yo la entendí entonces y espero que vosotros la comprendáis ahora. Desde luego, ponía de manifiesto una colosal ignorancia del Reino de los Cielos. Pero no siempre la ignorancia es cosa mala. La ignorancia y no el conocimiento es la que hace fascinantes las operaciones. Si se supiera exactamente lo que se va a encontrar cada vez que se empuña un bisturí, se podrían hacer exhibiciones quirúrgicas. Pero el punto que quiero subrayar aquí es que *todos estamos en el quirófano*. Y nuestra entrada al Reino de los Cielos depende de nuestra conducta en él.

La verdad es que el Divino Médico aún sigue realizando Su Transfusión de Sangre Nosotros somos sus ayudantes. ¡Él no ha abierto una vena: ha abierto un ventrículo! Ha dejado fluir la sangre vital de Su Corazón y se la está inyectando a la Humanidad a través de siete arterias diferentes. Por eso los médicos debéis

Ayudar al Éxito de Dios

Os sorprenderá este epígrafe ¿no? Inmediatamente pensareis en la Suficiencia, la Omnipotencia y la Independencia total y absolutas de Dios. "¿Cómo, preguntaréis —los

simples mortales, que tantas veces fracasan antes de triunfar, pueden ayudar al éxito de Dios? ¡Eso es un absurdo!", diréis.

Pues no, no juzguéis a la ligera. Es cierto que lo que digo suena de una manera extraña. Pero es lo más ortodoxo de los sonidos teológicos. **DEBÉIS AYUDAR A DIOS**, pues en otro caso, Él no conseguirá el éxito que desea.

La reacción que se produjo la primera vez que hablé de esta verdad fue curiosa. Era un Domingo de Ramos. El Evangelio del día me proporcionó el texto para la plática. "*Domus opus habet*" ("El Señor los ha de menester") (San Mateo, 21, 3.) Esta frase me sugirió que lo mismo que Dios había necesitado "una borrica y su pollino" para cumplir aquel día una profecía (la de su entrada triunfal en Jerusalén) también "necesitaría" hoy de los católicos si quería que se cumpliera esta otra profecía sobre Sí: "Y, Yo, si fuera levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí" (San Juan, 12, 32)

Después de mis palabras un alma ingenua se me acercó preguntando con toda seriedad:

—Padre, ¿ha querido usted decir que Dios todopoderoso necesita de usted y de mí?

Sonreí y le dije:

—Sí. La verdad es que Dios necesita de ti y de mí, lo mismo que necesitaba de la borrica y su pollino. Es maravilloso, ¿verdad?

Tú has de asno y yo de potro.

Su rostro se oscureció:

—Hablo en serio, Padre.

—Y yo también—repliqué risueño—.

Pero no es ningún disparate, como dice Chesterton, exponer la verdad absoluta en forma divertida.

—Pero, ¿esa es una verdad absoluta?

—Tan absoluta que casi es vulgar.

—Me parece, padre, que exalta usted demasiado al hombre. ¿Dónde me deja la humildad? ¿Dónde el pelagianismo?

Entonces me di cuenta que había encontrado un alma humilde; una persona educada en la insignificancia de las criaturas; un hombre auto- convencido de que no era nada, no significaba nada y nada podía hacer.

—El pelagianismo—reflexioné en voz alta —fue condenado hace quinientos años, no porque enseñase que Dios nos necesitaba, sino porque enseñaba que no necesitábamos a Dios.

Mi reflexión no le hizo efecto. Y como el tiempo

—Es absolutamente cierto, amigo mío, que sin Dios nada podríamos hacer en un sentido sobrenatural.

Su rostro resplandeció visiblemente.

—Pero es igualmente cierto que, en Su Providencia ordinaria, Dios nada puede hacer sin nosotros.

La luz se desvaneció en su rostro.

Continué:

—Somos criaturas pequeñas, muy pequeñas. Tal vez podríamos decir minúsculas. Pero recuera que tampoco es muy grande la chispa que produce un motor en marcha y sin ella el motor no podría andar. ¿No es verdad?

Afirmó con la cabeza.

—la gracia de Dios es una máquina perfecta—concluí—que tiene aceite, gas y todo un complicado engranaje. Nosotros somos la chispa.

—Así que, ¿usted cree de veras que podemos ayudar a Dios efectivamente? — fue su incrédula réplica.

—Creo y afirmo que sin nosotros Dios no triunfaría.

Sus ojos casi se salieron de sus órbitas.

— ¡Oh Padre! —exclamó—Pero la humildad…

— ¡Paparruchas! —le interrumpí no demasiado suavemente—.La humildad es una verdad que todos aceptamos. Pero Dios ha dispuesto que la salvación sea un asunto que requiere la cooperación. ¿Comprendes? No solo Dios ni solo el hombre, sino Dios y el hombre.

—Pero la *nulidad* de las criaturas…

Temo que en aquel punto la chispa a que acababa de referirme prendiera en los gases.

— ¡Hombre, por favor, conceda a Dios algún crédito! —exclamé—. ¿Puede Dios haber creado *“inutilidades”*? Si lo hubiera hecho,

¿qué clase de creación sería la suya? ¡Demos algún crédito a Cristo! Si el hombre no valiese nada, si no sirviese para nada, ¿se hubiera hecho hombre Cristo? ¿Hubiera muerto por un conjunto de "nadas"? ¡De ninguna manera! Murió por las criaturas. ¡Por sus criaturas racionales! ¡No quieras hacer que la Infinita Sabiduría parezca necia, insistiendo en el menosprecio de Sus Criaturas! ¡Despierta a la realidad! Considerando la muerte de Jesucristo como trabajo de amor perdido, Dios nos necesita a ti y a mí. ¿Comprendes?

—¿No será un brote de semipelagianismo?

—Sí; de semipelagianismo *católico*. Practícalo y llegarás a santo. ¡Practícalo y Dios triunfará! —fueron mis últimas palabras.

Le dejé totalmente desanimado y sospecho que mientras se alejaba iría murmurando:
"Yo no soy nada. No valgo nada. No puedo hacer nada…"

Me dio pena aquel hombre, pues vi que era serio y sincero, pero mal instruido religiosamente. *Después* que nos separamos pensé en la cantidad de cosas convincentes que le podía haber dicho. ¡Siempre pasa eso! Me disgustó no haberle dicho, por ejemplo, que si la Creación es "la producción de algo sacado de la nada por Dios", es tan verdad afirmar que procedemos de Dios como

sostener que venimos de la Nada. Será tan verdad, pero es mucho más bello. Lo único desagradable de este pensamiento es que se me ocurriera después de la conversación.

Sin embargo, fue un consuelo para mí recibir poco después un ejemplar de la última Encíclica de Pío XII *Mystici corporis*, enviado por aquella alma con esta nota: "Confronte página 27. Necesitó y necesita "una borrica y un pollino" Yo fui un burro el día que hablé con usted" Busqué la página 27 y leí el párrafo subrayado, que decía:

"Lo que San Pablo dijo del organismo humano puede ser aplicado asimismo a este Cuerpo Místico: "La cabeza no puede decir al pie: No necesito de ti" Es manifiestamente claro que la fe necesita la ayuda del Divino Redentor… con todo, Cristo debe también ser sostenido, pues por maravilloso que parezca, *Cristo requiere a Sus miembros*…"

Al leer estas palabras salté de gozo. La última frase me sonaba como un eco el texto y del pensamiento que había utilizado y desarrollado aquel día: "*Dominus opus habet*…" Seguí leyendo y mis ojos tropezaron con estas otras:

"… para llevar a cabo la obra de la Redención, Cristo desea ser ayudado por los miembros de Su Cuerpo".

Pensando, emocionado en la honradez de aquella alma, sentí lástima. ¡Verdaderamente aquel hombre era humilde! Una vez más admiré los sorprendentes caminos de Dios.

Como veis, a veces los predicadores fracasan. Piensan que sus palabras son como flores del poeta Gray. No "nacidas para ocultarse ruborizadas", pero sí, para "malgastar su fragancia en el aire desierto". El Domingo de Ramos lo que me confundió fue la coincidencia pues yo había dicho: "Mi cabeza necesita de mi corazón para que yo ame. Y Dios necesita de ti si quiere triunfar". En este punto el Papa, con una sola frase, convencía un alma a la que yo no había logrado convencer con un sermón. Sin embargo, di gracias a Dios de que se hubiese convencido, pues me di cuenta de que a partir de aquel día la vida sería completamente distinta para aquella persona. El sol brilla desparramando sus rayos cuando me digo a mí mismo que estoy ayudando a Dios a tener éxito y al mismo tiempo muevo la cabeza y doy vueltas diciendo: "No soy nada. No valgo nada. No puedo nada." ¡Hace falta mucho valor para ser verdaderamente humilde! Aquella alma recibió la gracia. Y yo deseo que vosotros, los miembros de la profesión médica, la recibáis igualmente.

¡Es verdad! ¡Es emocionalmente cierto que Dios necesita de vosotros! Sin vosotros, Su Gran Operación no tendrá el éxito que Él desea. Saber esto, ¿no hace ver la vida de distinta manera? Yo sé que hay momentos, horas, e incluso días en que la vida parece no tener sentido, aún algo, peor: parece caótica. Conseguir las cosas siempre desilusiona, pues nunca son lo que se esperaba. Nuestros más hondos deseos jamás se satisfacen plenamente. En nuestros mayores trabajos hay siempre un defecto o una chapucería. Nos preguntamos si el juego vale la pena, si el fin justifica el esfuerzo, si la vida es más que un vacío. La respuesta honrada es que no, hasta que nos damos cuenta exactamente lo que es la vida. Cuando descubrimos que es una colaboración con el Divino Médico, comprendemos el significado de cada minuto. Comprobar que el Todopoderoso nos necesita de tal forma que sin nosotros no puede conseguir el éxito que desea, llena de excitación las fibras más hondas de nuestro ser. Con esta verdad evidente ante nuestros ojos, la oscuridad no puede invadirnos y las noches pasan rápidamente. ¡Qué novela es la vida! ¡Qué aventura!... ¡Y cómo desafía a los hombres y a las mujeres! ¡Aceptad este desafío!

EVITANDO LA LIMITACIÓN DE LA NATALIDAD

Se ha hablado demasiado de la “limitación de la natalidad”. (¡Llamadla siempre así, por favor, pues *no* es lo mismo que “control del nacimientos”, a no ser que las palabras hayan perdido tanto su significado que el mejor procedimiento para controlar nuestra respiración sea *obstruir* nuestras gargantas!) Se ha hablado demasiado de la “limitación de la natalidad” y no lo bastante de la limitación de los abortos. Esta última clase de prevención da vida; la otra, solo puede llevar a la muerte de la familia, el Estado y la nación.

Incluso los materialistas gritan ahora contra la limitación de la natalidad a fin de no dejar la tierra despoblada. La Rusia atea, la Alemania pagana y la Francia masónica, han aprendido la lección. Pero ¿por qué quieren evitar limitación de la natalidad y acabar con los abortos? Solamente para oscurecer el cielo con fortalezas volantes y aviones de bombardeo de transporte de paracaidistas llenos de hombres dedicados a matar, destruir y causar desgracias. Vosotros, en cambio, podéis llenar los cielos con almas inmaculadas. Podéis llenar el cielo de felicidad y conmover el Corazón de Dios. Podéis hacerlo fomentando los nacimientos. ¡No perdáis vuestra oportunidad!

Hace años, a orillas del Pacífico, conocí a una joven que había llevado la vida de la

Magdalena antes de haber conocido a Cristo. En una gran ciudad al oeste del Mississippi había pecado horriblemente. Mientras me contaba su sórdida historia, yo me maravillaba de la inagotable caridad de Dios y de la eficacia de las oraciones, mercad a las cuales se consiguió la gracia del arrepentimiento para aquella afortunada criatura.

Desde luego, los caminos de Dios son insondables y a veces parece haber un "quid pro quo" en las manifestaciones de Su Gracia. Los corazones de las pobres Clarisas o las Carmelitas Descalzas palpitan rotos de dolor por Dios y por los hombres tras las rejas y los locutorios, y las rodillas de algunas se doblan para postrarse llorosas a los pies de Cristo.

Como todo el mundo sabe ahora, Margarita María fue una misionera y su fragancia embalsamó el mundo casi más que la de la niña de Lisieux. Estas verdades cruzaban relampagueantes por mi cerebro mientras que aquella Magdalena del siglo XX vertía la preciosa esencia de su amor penitente, dando a Cristo una nueva oportunidad de enseñar a algún farisaico Simón otra lección saludable. Mas aquellos relámpagos cesaron cunado me dijo:

—Padre, recuerdo haber hecho una sola cosa buena en toda mi vida: bautizar a un niño moribundo. En aquella época era yo enfermera. El médico del establecimiento no era creyente. Y mientras se ocupaba de la madre, yo tomé en mis brazos a la criatura moribunda y derramé un poco de agua sobre su cabecita, bautizándola en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dándole el nombre de María.

Supe entonces algo, que no había que buscar en el fondo de los claustros para encontrar a alguien que hubiera devuelto a un pecador a la vida y tuve la seguridad de que el proceso de la resurrección de aquella mujer se encontraba en las guarderías infantiles del Cielo. Había evitado una vez la pérdida de un alma y ahora se veía rescatada de la muerte en vida que fuera su existencia anterior.

Ahora comprenderéis lo que significa mi epígrafe. Hablo de los abortos místicos que solo vosotros, médicos y enfermeras podéis evitar. Los abortos físicos pueblan una provincia de Dios.

Dejadme ahora hablar de los hechos. Vosotros, la clase media, vivís muchos momentos de angustia y dolor en vuestra profesión. El diagnóstico siempre es difícil y a menudo puede ser humillantemente

desacertado. Una operación desafortunada os produce verdadera pena, la resistencia de algunos enfermos al tratamiento recetado os descorazona. Una muerte inesperada os deja horrorizados. Sí; vivís muchos momentos de dolor y angustia, pero ninguno mayor que cuando se os muere un niño al nacer, sucede que hiere cualquier corazón sensible. La patética quietud del frágil cuerpecillo acongoja el alma. ¿No daríais generosamente la mitad de vuestra sangre si con ella pudierais hacer latir el corazón de la criatura?

¿No aceptaríais gustosos el quedaros mudos unos años si con ello pudierais hacer que los labios del niño emitieran un grito? ¿No daríais toda vuestra vida por evitar la tristeza de la pobre madre al enterarse de la frustración, en un momento, de sus nueve meses de esperanzas? ¡Nada podéis hacer para reconstruirlas! Estáis tan inermes como el propio niño moribundo, pues solo Dios es el Señor absoluto de la vida física. Pero, doctores y enfermeras, no lo es de la vida mística que depende de vosotros. ¡Vosotros no podéis evitar los abortos físicos, pero podéis evitar los abortos místicos con *un poco de agua y unas pocas palabras*!

Os hablaré más concretamente. Si un recién nacido está en trance de muerte y no hay un sacerdote a la mano, ¿Cuál es vuestro deber,

vuestro privilegio, vuestra maravillosa oportunidad? ¡El dar vida a esa criatura! ¡La vida eterna! No importa que los padres del niño crean o no crean. Dejad a la madre ser mahometana o al padre ser judío; dejadles que serán acérrimos paganos u obstinadamente ateos. ¡No importa! Vosotros podéis enviar a ese niño a los brazos de Dios, que es su Padre Original. Para hacerlo solo os basta *un poquito de agua y una cuantas palabras*.

¿Empezáis a comprender? Antes os decía que ayudáis a una Transfusión de Sangre que realiza Jesucristo. Os decía, que desde el ventrículo de su Corazón fluye su Sangre para la Humanidad a través de siete arterias. Os decía que vuestro deber consiste en dejarla fluir por ellas. Pues bien, esa es una de las siete arterias: la arteria vital del Bautismo. Podéis hacer que esa sangre fluya a través de esta arteria mediante un poco de agua y unas palabras. ¿Verdad que no dejareis perder una oportunidad de hacer tanto con tan poco por Dios y por el hombre?

Hace unos años, mi hermano me dio una sobrina, haciéndome tío por primera vez. La niñita se llamaba Sheila-Mae. Según todas las apariencias, llegaría a ser una criatura encantadora. Todos cuantos la veían así lo afirmaban. Durante cuatro años creció llena de gracia y alegría. Antes de cumplir los cinco,

cayó atacada por la leucemia. Los médicos y las enfermeras sabéis mejor que yo lo que esto significa. Sheila-Mae fue desahuciada.

Un especialista deseaba hacer una prueba con un bombardeo de fósforo, con lo que prometía solamente, en el mejor de los casos, una breve prolongación de su vida; pero la mayor parte de los médicos desconfiaban de cualquier posibilidad de éxito. Más aún. No aconsejaban la práctica del procedimiento, a menos que mi hermano lo autorizara por escrito y con su firma. La decisión era difícil. Al fin nos decidimos a aceptarlo como última esperanza. El rostro pálido de la niña —en el que cada día parecían más grandes sus ojos luminosos— perdía el aire infantil. Por último, por consejo de un migo de la familia, famoso cirujano, nos decidimos a bombardear al cielo con plegarias mejor que a la chiquilla con partículas. Quizá, humanamente hablando, este bombardeo no tuvo más éxito que el otro. Con esa increíble rapidez con que desbaratan los designios de la Ciencia médica, los leucocitos se multiplicaron. No habían transcurrido dos semanas cuando la pequeña Sheila-Mae exhaló su último suspiro en los brazos de mi hermano.

Mirando con los ojos naturales, aquello fue terriblemente trágico para toda la familia. Pero cuando lo vimos con los ojos del espíritu

católico a la luz de la Fe, comprendimos el beneficio que la niña había recibido antes que su vida empezara a florecer. Se enterró su cuerpo menudo y pálido, pero su alma voló a los brazos de Dios. ¡Qué bendición! Sheila-Mae está en el cielo y allí estará *eternamente*, conociendo una felicidad que mi hermano no hubiera podido proporcionarle ni aun siendo un Creso y se arruinara para lograrla. Pero él fue quien cooperó a darle esa felicidad sin límites, pues era lo bastante católico para evitar su muerte mística y la había bautizado al nacer. Los leucocitos privaron de la vida su cuerpo, pero no hubo un leucocito que pudiera tocar su alma. Y mientras Dios es Dios, Sheila- Mae conocerá la vida, el amor y la gloria inefables.

Claro está que nosotros los mortales, con nuestras vidas reguladas por las manecillas de un reloj, nada sabemos de lo que en realidad significan las palabras "para siempre", "interminable" y "eternidad". Pero quizá sea el tiempo el que pueda darnos una ligera idea del *No tiempo*. Han pasado dos mil años desde el día en que Herodes decretó la matanza de los Inocentes.

Hoy Sheila-Mae juega en los jardines celestiales con aquellos mismos Inocentes que ríen encontrando la vida en el Cielo demasiado *joven*. Veinte siglos han

transcurrido, pero la Eternidad no se ha hecho vieja. Y cuando todos los soles se hayan apagado reduciéndose a cenizas y nuestro mundo cansado y caduco haya girado y girado como una peonza, la vida seguirá siendo joven para Sheila- Mae, los Santos Inocentes y todos los pobladores del Cielo, desde nuestros primeros padres abajo. ¡Qué oportunidad la vuestra! Podéis dar la Eternidad a las criaturas con *un poco de agua y unas cuantas palabras*.

Ahora permitidme que me sienta un poco técnico, dentro de la mayor concisión.

Debéis bautizar tan solo cuando haya peligro de muerte y no encontréis un sacerdote a mano. Necesitáis agua para derramarla sobre la cabeza del niño y mientras lo haces debéis pronunciar estas palabras: "Yo te bautizo en el nombre del Padre **y** del Hijo **y** del Espíritu Santo." Lo único que se requiere, pues, para un bautismo válido y lícito es esto: las *circunstancias*, o sean el peligro de muerte y la *materia*, es decir, el agua natural. Y la *fórmula* del "Yo te bautizo en el nombre del Padre **y** del Hijo **y** del Espíritu Santo".

¿Queréis prestar atención a lo que os voy a decir? Todos los seres que nazcan (incluso los casos de aborto) deben bautizarse. Recordadlo siempre. Si hay seguridad de que viven,

bautizadlos absolutamente con la fórmula anteriormente expuesta. Si tenéis duda sobre su vitalidad, hacedlo condicionalmente, anteponiendo a dicha fórmula las palabras: "si vives".

¡No privéis de la Eternidad a ningún alma! Tomad al feto, rasgad violentamente la membrana con el pulgar y el índice y sumergid el revoltijo de carne en agua tibia, mientras pronunciáis esa frase ritual. Sacadlo del agua, y habréis evitado un aborto místico; habréis dado a algún alma una Eternidad de bienaventuranzas; habéis ayudado al éxito del Médico Divino.

Considerad lo que esto significa: evitad que se malgaste una gota de la Divina Sangre vertida en el Calvario también por esa alma, que Dios os bendecirá por los siglos de los siglos.

Médicos y enfermeras: ¿seréis lo bastante católicos para instruir en este procedimiento a todas las mujeres casadas? Pues enseñadles que no existen razones válidas para decir de cualquier sustancia viva en las entrañas maternas que no está animada por un espíritu racional.

Recordad que incluso los monstruos carentes de configuración humana deben ser bautizados con esta fórmula: "Si fueras humano, yo te bautizo, etc." En caso de duda

de si el producto de la concepción es un solo ser humano o más de uno—por ejemplo, cuando se trata de un niño con dos cabezas—debéis tener la prudencia de bautizar *absolutamente* al uno y *condicionalmente* al otro, diciendo: "Si todavía no estás bautizado, yo te bautizo, etc." Si se diera el caso de una cabeza y dos cuerpos, debéis bautizar absolutamente a la cabeza y condicionalmente a los dos cuerpos.

Ya he dicho que debéis derramar el agua sobre la cabeza. Pero hay casos en los que podéis y debéis derramarla sobre cualquier otra parte del cuerpo. Por ejemplo, en los casos de mala presentación. Suponed que aparece una mano o una pierna y que hay grave peligro de muerte. Vuestro deber entonces es bautizar la parte alumbrada. Si luego el niño es dado a luz vivo, repetiréis el Bautismo diciendo: "Si todavía no estás bautizado yo te bautizo, etcétera". ¡Vuestro deber es dar una posibilidad de Eterna vida a cualquier ser a quien Dios haya dado un segundo de existencia!

Esto me lleva a otras cuestiones importantísimas. Hay casos en que las parturientas mueren. Entonces sí que habéis de actuar rápidamente y bien. Si el niño extraído vive, bautizadlo absolutamente. Si es dudoso que viva, hacedlo con la fórmula: "Si

estás vivo, yo te bautizo, etcétera". Si no lo está o no puede ser extraído, vuestro deber es bautizarlo *donde quiera que esté*. Si no conocéis los sistemas, aprendedlos. Algunas veces se practica una sección cesárea antes de la muerte de la madre. Pero el lapso de tiempo después del alumbramiento es tan corto que, según la mayoría de los médicos, las oportunidades de que el niño nazca vivo son escasísimas. Sin embargo, debéis darle la oportunidad de la vida eterna lo *más pronto posible*. El único consejo que os puedo dar es este:

El bautismo dentro de la membrana interior, probablemente no es válido, ya que esta forma parte del organismo materno. La membrana amniótica puede considerarse parte de la criatura y su ruptura es aconsejable si no hay posibilidad de que nazca viva con la cesárea.

Este párrafo es muy importante para los médicos católicos que trabajen en clínicas no católicas.

Como veis, son muchas vuestras oportunidades y arduas vuestras obligaciones pues como decía en 1945 el cardenal Pole, "somos responsables por las palabras que debimos decir y no dijimos, por las cosas que debimos desarraigar y dejamos crecer; por las que debimos sembrar y no sembramos" No

permitáis que esas palabras no dichas sean las del Bautismo. Haber privado del Cielo para toda la Eternidad a un alma, es una responsabilidad demasiado pesada para quien tenga que llevarla. Así pues, arrancad las nociones paganas acerca de la limitación de nacimientos tan ampliamente sembradas y tan rápidamente crecidas en nuestros días; extirpad la práctica del aborto físico tan difundido en nuestro país y procurad evitar los abortos místicos, con todo lo cual habréis ayudad al triunfo de Dios.

No hace más de una semana que oí hablar de un niño que había nacido sin ojos, sin orejas, sin nariz y sin boca. Conozco algunos médicos que hubieran dejado morir al pobre ser argumentando que sería un idiota, una desgracia para sus padres y una carga para la sociedad. Pero sé de otros médicos que, por el contrario, recordaron que no se les paga para dejar morir a los seres humanos. El niño vivió cinco años y medio, a lo largo de los cuales sus padres le prodigaron cuidados y cariño. ¡Hoy esa criatura está en la Gloria, indudablemente derramando incontables bendiciones sobre aquellos padres católicos, generosos y heroicos que durante los cinco años y medio de demostraron un cariño y ternura inmensos! Seguramente ganará para ellos la Eternidad, donde podrá recompensarles como no pudo hacerlo en vida, ese cariño y abnegación.

En un momento de cólera, sé que uno de los más prometedores cirujanos decía: “No hay en esta ciudad un solo cirujano que no pudiera ser perseguido por asesinato.

Sé lo que digo y no excluyo siquiera a los hospitales católicos”. Yo sabía que estaba encolerizado y muy bien informado, pero mi corazón se entristeció porque aquellas palabras se pronunciaron en una de las ciudades más grandes de los Estados Unidos.

Naturalmente sé que uno de los más pavorosos problemas que enfrentáis los cirujanos es el de salvar las vidas de la madre y del hijo en caso de un parto difícil. Hay un elemento profundamente personal en esta cuestión, pues precisamente no hace mucho tiempo que supe que el doctor que asistió a mi nacimiento exclamó:

—Hay que elegir entre la madre o el hijo.

Y la respuesta fue:

— ¡Salve a la madre, doctor! Los otros cinco hijos la necesitan.

Salvó a la madre que dio vida a otros cuatro hijos más. Estuvo a verme la semana pasada tan feliz a sus setenta y tres años como una desposada. Inútil decir que también me salvaron a mí.

En estos casos, ¿cuál es el deber del médico? En primer lugar, olvidarse de los textos médicos, recordar su Teología moral y tener presente que el crimen es siempre un crimen, a pesar el alto y sonoro nombre técnico de que la Ciencia pueda darle. Excepto en el caso de legítima defensa o ejecución de la pena capital, nunca está permitido matar a un ser humano, esté donde esté. De aquí que a un niño dentro del claustro materno no se le debe matar deliberadamente. El feticidio es un crimen. No desearéis ser unos criminales, ¿verdad? Entonces haced lo que os digo: olvidar los textos médicos y recordar vuestra teología moral.

El aborto indirecto es cosa distinta, naturalmente. Vosotros sabéis que un útero enfermo puede ser intervenido si es necesario, incluso aunque contenga un feto vivo pero inviable. Vosotros sabéis lo que hay que hacer en esas circunstancias. Vosotros no *procuráis* la muerte del feto porque sí. La prevéis, es cierto, y la permitís. Pero vuestra *intención* es salvar a la *mujer enferma*. Esto no es casuística, como lo demostrará un momento de reflexión, sino puro sentido común. Pero, en estos casos, no olvidéis dar a la criatura la posibilidad de ir al Cielo. No frustréis en ninguna circunstancia los designios de Dios.

El a b c para con los adultos

Naturalmente, os sorprenderá que vaya a aconsejaros respecto a los adultos. No obstante, voy a hacerlo resumiendo la doctrina en tres apartados: A, B, C.

A) El primero es la llamada al sacerdote. Esto es esencial, pues solo él puede dar la absolución y administrar la Extremaunción. Solo él puede abrir estas dos arterias vitales y permitir que la Sangre de Cristo llene el alma humana. Su presencia es de suma importancia. ¡Llamad al sacerdote!

Debéis tener en cuenta, que nosotros, los sacerdotes católicos, según el testimonio de muchos ilustres doctores, sostenemos que el alma puede estar presente dos y hasta tres horas después que el paciente haya muerto en apariencia. De aquí que en el caso de un accidente, un ataque fulminante o algo por el estilo, debáis hacer cuanto os sea posible para que un sacerdote acuda a la cabecera antes de transcurrir tres horas de la aparente defunción, pues la víctima puede estar viva todavía. El sacerdote hará todo cuanto esté en su poder para darle eterna vida. En el caso de una enfermedad lenta, no desistáis de vuestro esfuerzo de encontrar un sacerdote aun cuando hayan transcurrido las dos horas, pues podrá administrar "condicionalmente" los Sacramentos después de ese lapso de tiempo.

—Pero— diréis— ¿y si se trata de un no católico?

Me alegra que uséis esa expresión, pues si hay muchos no católicos no hay tantos *protestantes*. En uno u otro caso hacedlo también. Llamad a un sacerdote, ya que son pocos los no católicos que rechacen sus auxilios espirituales a la hora postrera. Mas si encontraseis alguno que lo hiciera, tened presente

B) Los actos: Como veis, estoy entrenando a vuestra memoria. No solo trato de haceros recordar ciertas cosas, sino que trabajo frenéticamente para que *no podáis olvidarlas*. Después de llamar a un sacerdote o en el caso que os haya sido imposible hacerlo, debéis inducir al enfermo a realizar estos dos actos:

1) Acto de Fe. Con los buenos católicos no habrá dificultad, pero sí surgirán algunas con los paganos, que no os deben arrendrar. Insistid con ello hasta conseguir que hagan un real Acto de Fe en la existencia de Dios y en su poder para premiar y castigar. Estos dos actos pueden ser suficientes. Pero para salvarlos debéis inducirles a aceptar las palabras de Dios acerca de la Trinidad y Redención por el sacrificio de Cristo. Cuatro son esenciales para la salvación: Dios, Trinidad, Cristo y Eternidad. Inducidles a creer estas verdades

por la palabra de Dios, pues este elemento es el que constituye el Acto de Fe. Os encantará ver lo fácilmente que el hombre las acepta en su última hora. Parece como si su mente estuviera especialmente lúcida. Piensa mucho más claramente que lo hiciera en toda su vida. Lo que, a mi juicio, se explica porque Dios actúa sobre él con la máxima energía al ver que la Sangre de su Hijo no fue vertida en vano. Dios Padre siente el afán de que la gran operación de Cristo tenga éxito. No eran vana retórica las palabras de San Pablo cuando escribía "Dios desea que todos los hombres se salven" (1 Tim., 2,4). Así, pues, haced el acto lacónico y certero. Para un verdadero Acto de Fe bastará hacerle decir al moribundo: "Dios mío, lo creo porque Tú lo has revelado. Creo en Ti. Creo que eres un solo Dios Trino. Creo en Jesucristo. Creo en la vida futura. Creo en todo esto porque Tú lo has dicho."

2) En seguida, el Acto de Contrición, que también debe ser corto, sincero y perfecto:

"¡Oh Dios mío! Me pesa de todo corazón haber pecado. Y me pesa sencillamente por haberte ofendido a Ti, que eres tan bueno y tan digno de todo mi amor."

¡No os importe, para inducirle a este acto, que el enfermo sea católico, protestante, pagano o judío!

¿Sabéis por qué insisto tanto en que el Acto de Contrición será perfecto? ¡Porque es el único medio que el moribundo tiene para librarse de los pecados por sí mismo!

C) El tercer apartado, como habréis supuesto, es el Bautismo. Nadie puede entrar en el reino de los Cielos sin haber sido bautizado de alguna forma, bien sea por agua, anhelo o sangre. Cristo fue bien explícito sobre esto para que nosotros lo dudemos. "De cierto te digo que el que no naciere del agua y del espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de los cielos" (San Juan, 3,5) "El que creyere y fuere bautizado será salvo" (San Marcos, 16, 16). Ahora recuerda que hasta el Bautismo no católico es válido si se practica correctamente, por lo que cuando tratemos de abrir de par en par las puertas del Cielo habremos de actuar con precaución. Por consiguiente, hay que bautizar condicionalmente también a los adultos. El moribundo estará más inclinado a hacer todo cuanto Dios quiere que haga en esta última hora. Y lo que tú necesitas obtener de él es la expresión de que *está dispuesto a hacerlo*. Una vez que la hagas obtenido, ¡sigue adelante sin temor!

Este es vuestro A B C para con los adultos: Llamar a un sacerdote. Hacerle decir los Actos de Fe y de Contrición. Y si existe el peligro de

que la persona fallezca antes de llegar el sacerdote, bautizarla vosotros mismos.

Añadiré una última advertencia: no hagáis una escena y no canséis a vuestro paciente con pláticas o pruebas. Hacedlo todo tranquilamente. Podéis incluso administrar el Sacramento sin aparentar que lo hacéis. Basta tomar una esponja, una manopla o el extremo de una toalla: humedecerla y escurrirla sobre la cabeza de modo que caiga algo de agua sobre ella, pronunciando en voz baja las palabras rituales: "Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo."

A lo largo de estas breves páginas he tratado de daros algunas fórmulas condicionales. Si las encontráis confusas o difíciles de retener, recordad en todos los casos ésta: "Si *eres apto*, yo te bautizo", etcétera, que es perfectamente válida para todas las contingencias.

El A B C para con los adultos sirve para

Conservar fluida la sangre de Dios

Nunca leo el pasaje evangélico que habla de los judíos pidiendo a Pilato que quebraran las piernas de Jesús y de los dos crucificados con Él sin pensar si, de haber sido escuchados a tiempo, no se habría frustrado en parte la Redención. Como sabéis, el *crurifagium* (fractura de las piernas) era el procedimiento

que se empleaba para acelerar la muerte de los crucificados. De no haber muerto ya Jesús, esta operación le hubiera privado de algunos momentos de su Pasión llenos de infinita satisfacción para Dios Padre y de infinito valor para los pecadores. El evangelio nos dice que los judíos no consiguieron su propósito, pues aunque obtuvieron el permiso necesario, "cuando los soldados vinieron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas" (San Juan, 18,38).

Otro pensamiento ha seguido muchas veces a esa lectura. El de que ofrece uno de los más poderosos argumentos posibles para apartar a los médicos católicos de la *Eutanasia*, ese sinónimo de crimen tan deliciosamente dulce y sonoro. Quiero que entendáis que ahora hablo de la administración de ciertas drogas que conducen directamente *a acortar* la vida. Quizá lo he calificado de crimen impropiamente, pues reconozco que no es algo tan cruel y tan brutal como degollar a un hombre o volarle la cabeza de un pistoletazo. Sin embargo, también es quitarle la vida. Decir que solo se trata de *acortarla* o de *acelerar* una muerte cierta y dolorosa no puede justificarlo, pues, al fin y al cabo, cualquiera que mate de un tiro a otro, también acorta la vida de su víctima acelerando una muerte cierta y casi seguramente dolorosa. No se puede disimular el hecho: la Eutanasia que

acorta la vida es un crimen. Pensad profundamente en esto, médicos y enfermeras. No permitáis que el corazón se imponga a la cabeza. ¡No dejéis que una falsa simpatía y una ciencia sin ética os lleve a desfigurar la Pasión de Jesús Místico! No seáis como los judíos ni los soldados romanos. Dejad que Jesucristo, en sus miembros místicos, satisfaga completamente a Dios Padre y contraiga abundantes méritos. ¡Conservad fluyendo la Sangre!

¿Quiero insinuar con esto que no podéis aliviar el dolor en los últimos momentos?

Nada de eso. Pero vosotros y yo sabemos que es posible mitigarlo sin hacer perder el conocimiento. Si el paciente no ha recibido los Santos Sacramentos, estáis obligados a hacer esto, pues cometeríais un gravísimo pecado contra la caridad si un alma se presentase mal preparada por vuestra culpa.

No obstante, si la persona está bien preparada y sus sufrimientos son muy grandes, se permite administrar drogas que apacigüen el dolor, incluso aunque accidentalmente priven de conocimiento. Pero ¡tened en cuenta, doctores y enfermeras, que nunca podéis detener el libre fluir de la Sangre de Cristo, que otra vez se retuerce en los dolores de su mística agonía, y quebrarle las piernas para

hacerla más rápida! ¡Nunca podréis ser otro Longinos que atraviese su costado partiéndole el corazón!

Sé que la tentación es fuerte y, a veces, violenta. Los quejidos del agonizante excitan tanto vuestra compasión que casi os hacen perder el sentido. Pero cuando una voz interior os insinúe: "Acaba con su agonía", sabed que procede del infierno.

Es el mismo susurro que llegó a los oídos de los judíos hace dos mil años, en la tarde de aquel viernes en que el sol se oscureció a las tres. Un susurro que hubiera quitado a Dios parte de la gloria, a Cristo parte de su mérito y al mundo parte de la gracia. Considera que ese susurro pudo impedir que fluyera la Sangre en esa gran operación de la transfusión que el Divino Médico realiza para salvar a la humanidad doliente y anémica. Tened conciencia de la presencia real de Cristo, latente a pesar de las humildes apariencias e la carne y sangre humanas. Si la tenéis, *jamás* administraréis el *crurifagium* que es la Eutanasia y *jamás* seréis reos de un crimen contra un miembro místico de Cristo.

Como veréis, médicos y enfermeras, nuestro mundo moderno es un mundo cobarde. ¡Tiene miedo de la vida! Se aparta de su origen y se escapa de su fin. (Actualmente, incluso

trata de huir de lo que hay en medio). Pero como todos los cobardes, finge intrepidez y deja salir de su pecho una serie de estúpidas fanfarronadas. Por esto, Washington ha conocido cabildeos para la difusión de la literatura acerca del "control de nacimientos". ¡Oh hipócritas!

¿Por qué no se atreven a llamar a las cosas por su nombre? Evitar NO es controlar. ¡Oh, el Benedicto Arnolds de América! Me pregunto cuántas Sangers hay en las Islas de Salomón, en África, en Italia, Australia, Alaska o Inglaterra. Me pregunto cuántos partidarios de ella y de sus satélites habrá en cada sitio. Me pregunto cuánta sangre de "controladores de nacimientos" habrá sido derramada para salvar las cuatro libertades del mundo, ninguna de las cuales consiste en *impedir* a la Naturaleza seguir su curso. Por eso, ni el comunismo ni el nazismo pueden llevar una luz a sus pueblos cuando se trata de algo que incluso está destruyendo la civilización americana. Al parecer, no saben nada ni de Cristo ni de los cristianos ni de la Cristiandad. ¡Quizá por esto sean tan cobardes!

Al otro extremo de la gran aventura de la vida encontramos otra horda de seres escogidos y canijos: los abogados de la Eutanasia. Los hombres que patrocinas esos crímenes científicos no merecen respeto y debemos

considerarlos como viejos caballos paticojos o perros jubilados. No es su humanidad, sino su animalidad lo único que podría justificarles. Pues si una vez siquiera llegaran a ver todo el esplendor del ser humano se quedarían estupefactos.

Estos individuos no ofenden solo al hombre, sino también a su Hacedor. Pues ¿qué gran artista no pone mucho de sí en su obra? A Shakespeare le vemos en *Macbeth, Hamlet y Lear*; Miguel Ángel es fácilmente identificable en su *Moisés*, su *Juicio* Final o en la majestuosa cúpula que corona la Basílica de San Pedro en Roma; los siglos han conocido perfectamente a Rafael por sus muchas Madonnas. Y lo mismo, los siglos han visto a Dios en esa obra de arte—el hombre—con la cual remató su Creación visible. Dios es tan perceptible como el sol en un cielo sin nubes, solo con que alcemos los ojos para mirarle.

Una vez más insisto en que esto no es una verdad que estoy descubriendo para vosotros. Yo solamente trato de repetir la doctrina de la Deificación, que ya cuenta veinte siglos de existencia; una doctrina que unos y otros trataron de arrancar de las conciencias en el transcurso de esos siglos, pero que en nuestros días está siendo restaurada y pulida con un esplendor que ciega a quienes no tienen los ojos de águila de los católicos bien

instruidos, capaces de mirar de frente al sol o—si preferís otra metáfora más fácil—los ojos de los rayos X que atraviesan las apariencias.

Roberto Browning dijo: “Dios está en su Cielo y todo marcha bien en el mundo”. No necesito decir lo estúpidamente falsa que es tal frase en estos días en que nuestro mundo se regodea literalmente en el divorcio, el aborto, el anticoncepcionismo, la esterilización, la eutanasia, el matrimonio experimental y el amor libre. Pero debemos recordar que Dios abandonó su Gloria hace dos mil años precisamente para poner el mundo en orden. Debemos recordar que hizo su parte a la perfección. Fue un Médico Divino. Diagnosticó nuestros males y ordenó una transfusión de Sangre. Pero sabiendo que la única Sangre capaz de favorecer nuestra salvación era la Suya Divina, abrió los ventrículos de su Sagrado Corazón, y haciéndola brotar de las siete arterias diferentes llamadas *Sacramentos*. Sí; hizo a la perfección su parte. Pero ¿y nosotros? ¿Vivimos en la conciencia de nuestra incorporación a Cristo? ¿Tenemos conciencia de la incorporación de cada católico en Cristo? ¿Tenemos conciencia de la incorporación de cada ser humano de ese Cristo? Concretamente: ¿Vivís vosotros como médicos y enfermeras *católicos*? Es decir,

¿Tenéis conciencia clara del Jesús Místico? Si decís que sí, simbolizáis

La piedad moderna

Difiero de la de Miguel Ángel porque os imagino sosteniendo en vuestros brazos a un Cristo vivo, doliente, y no a su cadáver. Seguramente os será familiar la obra maestra a que aludo, ¿no? Todo católico ha leído al palpitante poema que el genial escultor escribió con tanto vigor sobre la piedra que desafía a la Humanidad. La Virgen tiene el cuerpo destrozado de su difunto hijo sobre su regazo. Con gran ternura se inclina sobre la cabeza silenciosa, caída blandamente, mirándola como si fuera a dar un beso sobre la Hostia partida de la primera Misa del mundo. Miguel Ángel supo expresar el amor maternal en su cenit.

También yo os represento inclinados sobre el Cristo Místico, por ser esto precisamente lo que hacéis cuando aprendéis y *vivís* la doctrina del Cuerpo Místico que os capacita para ver al hombre como es en realidad: un ser humano que ha roto el Cristo—crisálida, surgiendo como una partícula de la Hostia mística, como una gota del místico vino purpureo. Esa doctrina es la que os permite ver en todo su esplendor vuestra profesión, por la que os dais cuenta de que en verdad

asistís a una transfusión de Sangre que se funde en una transubstanciación. ¡Las *apariencias* del hombre continúan, pero místicamente se ha convertido en Cristo! De aquí que todas las cosas en torno vuestro, desde la más pequeña venda blanca a la blanca superficie de la cama parezca hablaos de la blancura nívea y corpórea en la que el sacerdote apoya el Cuerpo y la Sangre físicos de Jesucristo y deciros que estáis haciendo lo mismo con su Cuerpo y su Sangre Místicos. Tal es el pensamiento que yo quisiera dominase vuestras vidas. El pensamiento de la Misa. La mayor verdad que puedo deciros es que frustraréis vuestra vida si no hacéis de ella una Misa.

"¡Venid! ¡Seguidme!", dijo Cristo. Y todos cuantos aceptaron la invitación vieron como los llevaba a través del Cenáculo hasta el Calvario y a la gloria del sepulcro vacío del Sábado de Resurrección. Y todos comprendieron que los conducía a través de la Misa.

"¡Haced esto en mi memoria!", fueron las palabras de Cristo a la primera promoción de sacerdotes que hubo en el mundo. Pero aun cuando fueran dirigidas a los sacerdotes que en aquel momento consagraba, tenían un significado personal para cada católico bautizado, ya que todos somos un posible

sacerdote. Con harta frecuencia olvidamos—o tal vez no lo supimos nunca—que "el Bautismo es la *ordenación* del seglar". Desde que deletreamos y balbucimos las sílabas del Verbo de Dios—que es la más alta de las plegarias—somos forzosamente un poco de sacerdotes. "Sois un sacerdocio santo", dice San Pedro hablando también para ti (I San Pedro, 2,5). Poco después, en la misma Epístola (2, 9) dice: "Sois un linaje escogido, un real sacerdocio." Interpretad bien estas frases que se refieren a los seglares a quienes considera ordenados "para ofrecer sacrificios espirituales gratos a Dios a través de Jesucristo" (2, 5).

Y ya sabemos que el sacrificio de la Nueva Ley, más grato a Dios a través de Jesucristo, es la Misa. Por eso insisto una vez más en que si no hacéis de vuestra vida una Misa, la frustrareis o llenareis de confusión. Habréis pasado los años haciendo que vivís, pero no viviendo. Habréis fracasado en la gran aventura. Creedme, pues, cuando os digo que tengáis conciencia de Dios, conciencia de Cristo y, por tanto, tengáis firme conciencia de la Misa antes de tener verdadera conciencia de vosotros mismos; es decir, conciencia de vuestra propia verdad.

Físicamente, no sois más que el aliento de Dios insuflado en una pella de barro. ¡Pero

místicamente sois un Cristo diciendo una Misa! ¡Bien sabéis que la divina mesa de operaciones que el Divino Médico conoció fue una en la que no le ataron, sino que le clavaron: la Cruz! El Calvario es el Quirófano del mundo. Y todo el que *viva* y no *exista* sencillamente debe acudir a ese Quirófano, tenderse y recibir de Cristo la vida de todo lo que vive. Esta vida empieza con la señal de la Cruz y las palabras: *Introito ad altare Dei* ("Iré al altar de Dios"), y termina sobre la Cruz con las palabras: *Ite, missa est*, que Cristo tradujo: "Todo se ha consumado" y los cristianos entendemos: "Ahora empieza", por comprender que la muerte es el comienzo de una verdadera vida más que la consumación de la vida.

Ahora estamos teniendo algunos pensamientos católicos que no suelen pensar con mucha frecuencia los católicos. Pensadlos constantemente y estaréis siempre dispuestos a decir vuestro *Ite, missa est* y a ayudar a los demás a decir el suyo.

Si insistí mucho en aconsejaros conservar la Sangre fluyendo a través de la arteria del Bautismo, vuelvo a hacerlo al pediros hagáis lo mismo con la Extremaunción, pues si el comienzo de la vida es importante, el final como es debido de nuestro paso sobre la tierra, lo es mucho más.

En caso de necesidad, podéis administrar el Sacramento del Bautismo como os dije, pero nunca podéis hacer lo mismo con el de la Extremaunción. Por lo que debéis estar con cuidado para *llamar* a un *sacerdote*, sin el cual Dios no podrá alcanzar el éxito que desea y vuestra será la culpa.

Sé que existen un falso sentimentalismo y una detestable psicología pagana, según los cuales, nunca se debe decir a un enfermo que está próximo a la muerte. ¿Vais a compartirlos vosotros médicos y enfermeras? ¿Acaso enviaríais a un estudiante de medicina mal preparado al examen de licenciatura? ¿Permitiríais que un licenciado en Derecho acudiera a unas oposiciones sin los estudios adecuados? ¿Dejaríais que una muchacha que se prepara para enfermera no aprendiera los temas de su último ejercicio? Estoy seguro que no. Y sin embargo, siempre les quedaría la posibilidad de un segundo examen. ¡Pero el examen final de Dios no puede repetirse! Entonces, ¿por qué un torpe sentimentalismo os puede inducir a "no asustar al paciente con la muerte"?, es decir, a hacerle saber que está a las puertas del Tribunal de Dios. ¿No es el colmo de la estupidez? ¿No será mucho mejor "asustarle con la muerte", que adularle y dejarle ir al infierno? ¡Sed razonables y advertidle cuando la muerte se acerque! Decídselo con palabras católicas. Hacedle

saber que está a punto de pronunciar su *Ite, missa est.*

Vuestros deberes son clarísimos y se reducen a tres: 1) Avisar al sacerdote. 2) Advertir al enfermo. 3) Orar. Sí, debéis rezar, puesto que estáis asistiendo al final de una misa. Como sabéis solo hay una respuesta al *Ite, missa est:* el "Deo gratias". Gracias a Dios. ¿Gracias a Dios por qué? Por lo que acaba de completar y por lo que está empezando: ¡la vida eterna!

La *Piedad* de Miguel Ángel, es un cuadro adecuado para cerrar la isa, que es el gran drama de Cristo. Para cerrar el drama cristiano nada hay más adecuado que la moderna Piedad. ¡Sois vosotros médicos y enfermeras, quienes tenéis a Cristo en vuestros brazos!

Como veis, vuelvo al punto de partida: vuestra profesión es sublime, porque vuestros pacientes son sagrados. Por cuya razón, cualquier doctor que ponga su estetoscopio sobre el pecho humano y no oiga los latidos de la Divinidad no es un médico católico. Como ninguna enfermera que tome el pulso humano sin percibir en él la palpitación de la Santísima Trinidad será una enfermera católica.

Aquí terminaría si estuviera seguro de que siempre encontraríais un sacerdote para decir

el *Ite, missa est* de vuestros enfermos. Pero sé que habrá ocasiones en que os veréis obligados a sustituir al sacerdote, y por eso añadiré una verdad que muchas personas parecen olvidar: la verdad acerca del Juicio.

¡El primero y más importante de los hechos que han de tenerse en cuenta es que Dios **NO ES** un Vengador! Llevad esta verdad fundida en la sangre de vuestro ser a fin de que podáis convencer a los moribundos de que el Juicio es tanto para el **PERDÓN** como para el castigo. Es posible que os cueste algún trabajo inculcar esta **VERDAD** a vuestro espíritu, pues nuestra experiencia diaria con la justicia legal es tal, que siempre que pensemos en un juez y en un juicio hemos de pensar en una condena. ¡Pero aceptad ese trabajo! Erraríamos tremendamente si llevásemos ese falso concepto al Divino Juez y a su Juicio Final. Dios es la justicia, cierto; pero no olvidemos que es así mismo cierto que Dios es la Misericordia. Fue el Espíritu Santo quien inspiró al Cántico del Salmista: "Sus Misericordias están sobre todas sus obras" (Sal; 144, 9). Y San Bernardo dijo con razón que su Justicia le obliga a ser misericordioso. ¡Decid esta *verdad* a vuestros enfermos!

Pero incluso en el aspecto de la verdadera justicia quiero recordaros que Dios anhela mucho más perdonar que castigar, pues sino

no hubiese encarnado. ¿No fue el propio Cristo quien hizo la sorprendente manifestación de que "Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento"? (San Lucas, 15, 7). ¿No se deduce de esto que el Cielo tiene los mismos ojos para el bueno que para el malo? ¿No se deduce que Dios está sutilmente atento a cada buen pensamiento, a cada buena palabra y a cada buena actitud? Hay quien dice que "el infierno está empedrado de buenas intenciones", lo cual es una cínica mentira. Las buenas intenciones, honradamente formuladas y seguidas de un real esfuerzo por llevarlas a cabo son hitos en el camino del Cielo. ¡Dios las numera una por una! La única cosa que ha prometido olvidar es nuestros pecados si verdaderamente nos arrepentimos de ellos. ¡Eso es lo que las Sagradas Escrituras nos dicen!

Decid, pues, todas estas verdades a vuestros enfermos. Decidles que Dios le *ama* y "le ha amado con un amor eterno" (Jer., 31, 3). Decidles que Dios suspira por ellos con vehemente amor. Decidles que está tan impaciente por darles la bienvenida, que no puede esperar a que vayan a Él y Él viene a ellos. ¡Oh, sí, decidles esta verdad! ¡Insistidles en que el Ángel de la Muerte no es otro que el Divino Médico, que baja a la tierra para

realizar sobre ellos una grandiosa operación, merced a la cual podrán vivir eternamente! ¡Convencedlos de que la muerte no es el final, sino el principio!

Si todavía hablasen medrosos respecto al Juicio, decidles que si es rigurosamente cierto que van a ser juzgados, deben recordar que el Juzgador será su Padre. Reiteradles está verdad para que sepan que nadie debe tener miedo de un juicio cuando el Juez es su Padre. ¿Vergüenza? ¡Oh, sí! Supongo que todos tenemos infinitos motivos para la vergüenza; pero ¿*temor*? ¡Nunca! Para borrar el que pudieran tener a pesar de todo, dadles la verdadera imagen de Cristo. ¡Mostradles que su **AMANTE!** Y para probárselo, empuñad el crucifijo y decid: "Nadie tiene mayor amor que este…" (San Juan, 15, 13).

Decidme la verdad. ¿Tenemos derecho a ocultarles la muerte sabiendo que están a punto de encontrarse con quien tanto les ama? ¡No lo tenemos! La muerte para los católicos es una cita con Jesucristo, con Aquél que nos amó tanto, que su fuerte Corazón está desgarrado por su excesivo cariño, como la lanza de Longinos atestigua elocuentemente. Una vez que hayáis insistido sobre estas verdades, vuestro paciente comprenderá que al otro lado de la cortina va a encontrar mucho más que un Juez, un **ABOGADO.**

Tal es la psicología que debéis usar, amigos médicos. ¡La Psicología católica! Arrancad el miedo físico forzando al amor místico. Decid "Piedad, Jesús mío", con el enfermo y decidlo muy a menudo. Pues todos tenemos necesidad de compasión. Pero al propio tiempo, enseñadles a decir: "¡Venid, Señor mío, Amor mío, Vida mía! ¡Señor mío Jesucristo, mi dulce Amante, venid!"

Hacedlo y yo no estaré equivocado al retrataros como la moderna Piedad. Hacedlo y convertiréis vuestra vida en una misa. ¡Hacedlo y habréis ayudado a Dios a obtener éxito!

La última palabra: "heridas"

Quiero recordaros que la Piedad que simboliza a los médicos y a la profesión médica es una Piedad *moderna*. Cristo en nuestros brazos no está muerto, sino solamente herido. Jesucristo "ya no volverá a morir" (Rom., 6, 9). Recordad que sus heridas físicas producen efectos y sentiréis la viva emoción del papel que os ha permitido representar el gran drama moderno de la Vida Mística.

¿Qué podrá hablar con mayor elocuencia para conseguir que Dios Padre destruya la formidable barrera que impide al hombre llegar al Cielo? ¿Qué será capaz de envainar la

terrible espada que blande amenazadora al Ángel que guarda las puertas del Edén por los siglos de los siglos? ¿Qué será capaz de transformar el drama de la Humanidad desde la amenaza del "Paraíso perdido" a la alegría del "Paraíso reconquistado"? ¿Qué? **¡SUS HERIDAS!** ¡Las heridas del Cuero místico de Cristo, que son los labios mudos que abogan elocuentemente para ganar la Redención!

Hay heridas en el Cuerpo Místico de Cristo que hablan con la mayor elocuencia y la mayor efectividad. Sus víctimas sufren. Y vosotros, médicos y enfermeras, os corresponde siempre el honor y la dignidad de tratar esas "heridas" y ayudar así al Jesús Místico a triunfar.

¡No dejéis que Dios fracase!

ACABÓSE DE IMPRIMIR EN MADRID, EN LOS TALLERES GRÁFICOS HALAR, EL DÍA 1.° DE MAYO DE 1954, VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD DEL BUEN PASTOR